

Luis Fernando MOLINA LONDOÑO

Francisco Montoya Zapata. Poder familiar, político y empresarial, 1810-1862

Medellín, Nutifinanzas SA, 2003, 527 pp.

Este trabajo de Luis F. Molina presenta la trayectoria empresarial y política de Francisco Montoya, uno de los principales hombres de negocios colombianos del segundo cuarto del siglo XIX. Hijo y nieto de sendos acaudalados personajes, Francisco (o Pacho) Montoya formaba parte de una saga familiar de vieja rai-gambre criolla, miembros de la restringida, rica y poderosa élite local de Rionegro. De hecho, más allá del personaje central, el autor aborda el estudio del entramado familiar de Pacho Montoya, de su extensa familia. En este sentido cabe destacar que en la reconstrucción de esa interesante historia familiar el autor hace buen uso de la información genealógica disponible, así como de numerosos libros de viajes, epistolarios editados y libros de memorias.

El estudio del “clan Montoya” corrobora, de hecho, un fenómeno conocido: la continuidad en el ejercicio del poder (local) antes y después de la independencia. Los miembros de esa extensa familia se apoyaron firme, aunque discretamente, en los años que duró la larga guerra por la independencia, pudiendo así soportar mejor las inconveniencias y reveses del conflicto (prisión, exilio...). El apoyo recíproco de unos y otros, realistas y patriotas, les ayudó a todos a sortear mejor los avatares de una guerra cuyo signo cambiaba a fuerza de victorias o derrotas militares. Al final, venciese quien venciese, alguno de ellos ganaría también. En este caso, Pacho Montoya parecer haber sido quien apostó a caballo ganador. No significa, sin embargo, que la guerra no tuviese impacto alguno en la historia empresarial de Colombia. Al contrario, como resalta el autor, la guerra sirvió para expulsar a los españoles, abriendo por lo tanto nuevos huecos (nuevas oportunidades) para los hombres de negocio criollos, nichos que éstos pudieron ocupar una vez alcanzada la independencia.

La monografía de Luis F. Molina confirma asimismo la relevancia de la empresa familiar en la economía colombiana de entonces, así como la validez de acometer, en un estudio de historia empresarial como el que se presenta, un análisis de las redes de parentesco y de las relaciones de compadrazgo y de paisanaje si se quiere aprehender la naturaleza de unas potentes redes de ayuda mutua como las descritas en el libro. También pone de relieve como el indudable éxito empresarial de Pacho Montoya se produjo tras la independencia del país (mejor aún, tras el regreso de Santander de su exilio y la proclamación de la República de Nueva Granada, en 1832), percibiéndose entonces una clara captura del nuevo Estado —según el autor, “control de los cargos del Estado” (p. 78)— por parte de una reducida élite empresarial.

El autor describe como, a partir de entonces, el clan Montoya controló los resortes del poder en Antioquia, lo que le permitió participar en primera línea en el ejercicio de (y las disputas por) el poder político en Colombia. De hecho, el libro nos pre-

senta una serie de empresarios con una clara dimensión política, cuyo estudio como hombres de negocios requiere un análisis de su imbricación en la política así como de los avatares más generales de la tormentosa política colombiana. Vale decir, también, que Luis F. Molina retrata en su trabajo los profundos problemas financieros del país una vez conseguida la independencia.

El libro pone también de relieve la importancia de las conexiones internacionales como un vector explicativo del éxito empresarial descrito. Un fenómeno que, en el caso de Colombia, cobra especial relevancia tras la consecución de la independencia de España. De hecho, Molina muestra como los vínculos de Pacho Montoya y su clan con los mercados internacionales (básica, aunque no exclusivamente, con Londres) resultaron claves para explicar su fulgurante carrera empresarial. Y la obra ofrece asimismo una descripción aceptable de la vida política y económica de los plutócratas bogotanos tras la independencia. Una descripción que se completa con numerosas ilustraciones de época intercaladas en el texto e, incluso, con un breve pero interesante análisis de los edificios y del urbanismo del momento, leídos como elementos de expresión de la pujanza de esa “nueva” clase empresarial que triunfó con la República (p. 253 y ss.). El autor, de hecho, había publicado anteriormente sendas monografías relativas precisamente a cuestiones arquitectónicas, y ahora integra aquí una dimensión normalmente ausente en los estudios de historia empresarial.

Dicho esto, no obstante, es preciso señalar un conjunto de elementos (algunos de carácter formal, otros de contenido) que perjudican la presentación y el resultado de la investigación en forma de libro. Empezando por los aspectos formales cabe destacar que, en la redacción del mismo, el autor ha incluido la transcripción completa de una serie de cartas realmente largas (por ejemplo, véanse las páginas 353-355, 361 y 383-384) que apenas aportan nada al discurso de la obra y que, al contrario, dificultan su lectura, haciéndola más lenta. En todos los casos, además, se trata de cartas publicadas (no inéditas) por lo que no encuentro justificación alguna para su incorporación completa. A lo largo de todo el libro, por otro lado, se incluyen líneas en blanco como separación entre párrafo y párrafo; una curiosa técnica editorial que hubiese convenido no utilizar. Han desaparecido de la monografía, además, las páginas 349-350 (en su lugar se repiten las páginas 149-150) y 367-370. Igualmente, en diferentes pasajes del capítulo 2 (p. 117 y p. 130) se anuncia un anexo del mismo que no ha sido finalmente publicado. Es posible que esos errores o fallos sean imputables al editor, aunque, sin duda, otros errores formales son responsabilidad del autor: nos encontramos, por ejemplo con diferentes errores sintácticos; frases sin sujeto o de las que ha desaparecido algún sintagma que las convierte en incomprensibles (p. 308, líneas 13-15; p. 381, líneas 12-14; p. 397, líneas 1-2), oraciones sin concordancia entre sujeto y predicado (p. 247, líneas 13-14; p. 258, línea 6) o, simplemente, errores ortográficos (por ejemplo, confusión del adverbio afirmativo

sí, con acento, con la conjunción *si*, p. 366) o mayúsculas innecesarias (Santanderistas, p. 421). En resumen, la impresión del lector es que la edición del trabajo hubiese merecido una revisión mucho más serena por parte del autor así como un trabajo más profesional por parte del impresor.

El libro padece, asimismo, otros errores que son a la vez formales y de contenido. El primer apartado del capítulo cuarto, por ejemplo, se presenta como “el negocio de los sombreros: ...” aunque, realmente, la información del mismo se refiere básicamente y fundamentalmente al tabaco. El autor ha optado, por lo tanto, por proponer un enunciado que no ayuda a explicar el contenido del epígrafe. Por otro lado, en diferentes apartados (véase el gráfico de la página 250, al nombrar “los cálculos de Salvador Camacho Roldán”) nos encontramos con omisiones de las citas de los trabajos a que se hace referencia, o con citas y fuentes utilizadas “peligrosamente”: a título de ejemplo, una derrama extraordinaria para enfrentar una epidemia de cólera, en 1849, permiten al autor aventurar que “los Montoya, los Santamaría y los Arrubla, eran entre 1820 y 1850 los individuos más ricos de Bogotá”, retrotrayendo una información puntual (una foto fija) de 1849 a veinte y nueve años atrás (p. 249).

Más allá de cuestiones formales, el libro adolece de una serie de aspectos de fondo. De hecho, el autor presenta muchísima información de forma tremendamente desordenada siendo el resultado final un libro mal armado. Luis F. Molina ni sigue un discurso propiamente biográfico, ni presenta la información siguiendo un orden cronológico. La monografía está impregnada, así, de continuos saltos adelante y atrás que dificultan la lectura. Sólo aparentemente el libro tiene un orden temático, aunque mi impresión es que, realmente, tampoco lo llega a tener. Desde la primera página se habla insistentemente del clan articulado en torno a Pacho Montoya, pero el autor tarda mucho en presentar la trayectoria de dicho personaje. Y, en un trabajo que se presenta como de historia empresarial, aparecen otras dimensiones de Montoya (la militar, la política...) antes de que el autor ofrezca un solo dato concreto sobre su labor empresarial. Esta estrategia provoca, por ejemplo, que el lector conozca la intensa y destacada participación de Montoya en la negociación del empréstito de 1824, largamente descrito (p. 97 y ss.), sin apenas haber sabido nada de la dimensión empresarial del personaje. Quizás por ese motivo en el subtítulo del libro la idea del “poder empresarial” aparece en tercer lugar, sólo detrás de la dimensión familiar y política del personaje. Y hablando del subtítulo de la obra, creo que hubiese sido conveniente centrar el marco cronológico de la misma entre 1819 y 1862 pues es en ese primer año donde se inicia realmente la investigación, y no en 1810.

El autor resulta prisionero de un apriorismo ideológico que le impide interpretar cabalmente la información que él mismo proporciona. Molina parte, de hecho, de un paradigma liberal según el cual existe una incuestionable identificación entre espíritu de empresa y liberalismo, y entre liberalismo y democracia. Tal apriorismo le obliga a pasar por encima de la persistencia de la esclavitud en Colombia, hasta

1851, a pesar de que él mismo apunta (en una nota a pie de página, eso sí) que las plantaciones de caña de azúcar de la familia Montoya “posiblemente” utilizaron esclavos (p. 224). Y de que, en otro momento, da cuenta de otro tipo de explotación de trabajo forzado utilizado por Pacho Montoya, como fue la construcción de obras públicas “con presos de las cárceles, a cambio de darles alimentación y vestuario, así como raciones a la tropa de soldados encargada de vigilarlos” (p. 348). Su discurso, sin embargo, sigue prisionero de ese paradigma liberal según el cual libros como el que propone, centrados en la historia de los empresarios, permiten apreciar y fomentar “el aprecio por los valores, la actividad y el espíritu de empresa”, recursos necesarios “para el desarrollo económico y cultural” y “la construcción de una sociedad más democrática” (p. 35).

¿Montoya, paradigma de empresario schumpeteriano? Nos hallamos, de hecho, ante un hombre de negocios capaz de operar con marcado éxito en contextos de falta de competencia, pero que quiebra cuando el marco institucional se modifica hacia la libre competencia. Un empresario que acumula capital y lo reinvierte en otros sectores vinculados al negocio del tabaco (la navegación fluvial, significativamente), mientras sigue operando el monopolio del sector, pero que suspende pagos cuando éste se abre a la competencia. En sus conclusiones, sin embargo, Molina sigue viendo a Montoya como “el primer empresario colombiano moderno” (p. 418) y como “el ejemplo más exitoso de actividad empresarial en el modelo de liberalismo económico del siglo XIX” (p. 424); entrando en contradicción consigo mismo, al señalar que “la quiebra de su empresa tabacalera, en 1857” tuvo que ver con su incapacidad para “enfrentar adecuadamente la eliminación del monopolio” (p. 418). Siguiendo con esa extraña contradicción, Molina insiste en sus conclusiones en la importancia de “la ideología liberal librecambista” como un factor relevante en el análisis del “éxito del modelo económico colombiano” (p. 420). La impresión que el lector ha sacado del libro resulta, sin embargo, bastante diferente.

Un último aspecto a comentar tiene que ver con el marco teórico que utiliza el autor. De hecho, en una especie de estado de la cuestión (p. 31), así como en diferentes pasajes del libro, resume las teorías de diferentes autores (especialmente, Schumpeter, pero también Marshall, Kirzner, Casson y otros) en relación al factor empresarial y su relación con el crecimiento económico. Lo más llamativo, sin embargo, es que Molina no parece haber leído directamente a estos autores, sino que los ha leído indirectamente a través del estudio de Jesús María Valdaliso y Santiago López, *Historia económica de la empresa* [Barcelona, Crítica, 2000] que es el trabajo que, honesta e insistentemente, cita. Indudablemente, una lectura del propio autor directamente de los textos de los economistas citados (sin intermediarios) le habría ayudado, con toda seguridad, a mejorar el planteamiento y la redacción de un libro que, como los buenos vinos, necesitaba reposar en la bodega durante más tiempo.

En suma, la biografía empresarial de Francisco Montoya Zapata debida al historiador colombiano Luis Fernando Molina es un ejemplo de la eclosión de la historia empresarial en dicho país en los últimos lustros. Su lectura aumenta el conocimiento de una clase empresarial que, hundiéndose sus raíces en la etapa colonial, operó sin cortapisas en el escenario posterior a la independencia, en el plano de la economía doméstica colombiana y en los mercados internacionales. Para su elaboración, el autor ha efectuado una gran labor investigadora en los archivos colombianos (como lo muestran los anexos del capítulo III) y un esfuerzo por ordenar la información según un guión preestablecido. El resultado final adolece, no obstante, de aspectos formales y, sobre todo, de contenido que desmerecen parcialmente el conjunto. Sin embargo, su lectura ha de resultar útil y provechosa a todos los interesados en las economías latinoamericanas contemporáneas y en los estudios de historia empresarial.

Martín Rodrigo y Alharilla

Universitat Pompeu Fabra, Barcelona